

Políticas de la Memoria y (des)Memoria Política en el contexto de los discursos del Bicentenarioⁱ

Marisa Moyano
mmoyano@rec.unrc.edu.ar
Universidad Nacional de Río Cuarto

“¿Quién puede hacerse cargo de una derrota? Por lo general, las sociedades prefieren huir hacia adelante, echando tierra sobre un pasado que las traumatiza”.
Nicolás CASULLO (*Pensar entre épocas*, 2004).

“Entre tantas preguntas sin responder, una será respondida: ¿qué revolución compensará las penas de los hombres?”
Andrés RIVERA (*La revolución es un sueño eterno*, 1988).

- I -

El presente trabajo pretende ubicarse en contexto del Bicentenario de la Nación Argentina y sus discursos emergentes, a partir de un ejemplo que enlaza presente y pasado: la reflexión sobre las relecturas y posiciones que la obra de Mariano Moreno suscita en el cruce discursivo de la memoria, entre el “ensayo de interpretación nacional” y la revisión historiográfica.

En este sentido puede constatararse que en los últimos tiempos la figura de Moreno ha sido objeto de indagaciones en orden a una revisión de las posiciones enunciativas de y sobre su discurso revolucionario, que revalorizan la utopía libertaria de la lucha y su relación con la memoria de la “revolución frustrada”, como componentes de la historia política nacional. Ello supone releer la historia nacional desde la Revolución (o las revoluciones) que no pudo (pudieron) ser.

Estas indagaciones realizadas nos impulsan a proponer que en el contexto del Bicentenario comienza a operar –junto a otros discursos tópicos del “fasto celebratorio” y la identidad- un dispositivo de lectura que organiza la reflexión identitaria nacional y la revisión evaluativa sobre el país creado articulándolas con la memoria sobre las experiencias traumáticas del pasado reciente y los ideogramas inconclusos de la violencia política y la liberación nacional, pendientes de revisión desde el ensayo setentista. El Moreno que “leemos” hoy se sitúa en estas coordenadas de la historia: las que reflexionan sobre “la revolución que no fue”.

En este contexto, asumiremos con Foster que,

“Confrontarnos con los años del sueño revolucionario es abrir no solamente los

archivos de un tiempo ido sino también iluminar de otro modo nuestras actuales circunstancias civilizatorias. Un giro sobre la memoria para aprender lo imposible del pasado que nos permite, sin embargo, pensar nuestro presente. Porque se trata de instalar el debate por fuera de los cánones de la época y del aturdimiento que los medios masivos de comunicación operan sobre nuestras percepciones hasta saturar cualquier posible revisión crítica, cualquier dejo de interrogación pensante”. (2003: 60-61)

- II -

Es nuestra intención en este trabajo reflexionar sobre la memoria, precisamente en un contexto intelectual y político en el que las discursividades memorialistas parecieran en principio convocadas a ocupar todo el espacio de la cultura con su reservorio de disquisición, juicio y preguntas, como si ese espacio textual estuviera atravesado por la oclusión de un pasado nacional que nunca termina de narrarse, de decirlo todo, y requiere de nuevos intérpretes capaces de dirimir sus intersticios, asumir sus “agujeros negros” y rupturas y configurar la realidad rediviva de un presente transido de derrotas idas e incertidumbres por venir. Ejercicios de la memoria que implican, como lo sostiene Navarro, “*marcas y huellas que nos constituyen y que se escogen o dejan de lado consciente y voluntariamente... Relatos en donde están presentes las funciones que Käes asigna al trabajo complejo de la memoria: el de desocultar aquello borrado o reprimido, el reprimir y mantener en el olvido lo que no puede ser tolerado, el de resignificar desde el presente el pasado*” (2003: 302-303). Pues como lo sostiene Fernández Bravo (2000: 12), “*Las temporalidades desaparejas que cohabitan la nación sólo pueden aflorar con la ayuda de una lectura crítica de la identidad que permite contrastarlas tanto con las historias homogeneizadoras narradas desde los centros metropolitanos como con perspectivas periféricas que tienden a reproducir esas lecturas en un nivel local, mediante la construcción de relatos unánimes en nombre de la unidad nacional.*”

Sin embargo, y pese a la seriedad reflexiva que supone el ejercicio de este hacer memoria de la nación y sus relatos y su relación conflictiva con la historia discursiva de los sujetos vivos y la palabra-ausente de la boca de los muertos, ese ejercicio del hacer memoria en busca de las subjetividades y la identidad, retaceadas por un pasado violento negado o nunca suficientemente indagado en su estructura reticular, no parece ser la posición enunciativa “visible” en el espacio hegemónico de la emergencia de los discursos centrales convocados por el Segundo Centenario. Ya que, por un lado, asistimos a los fastos porteños desde la parafernalia del dispositivo cultural del discurso estatalⁱⁱ, con la “producción” de sus “*Debates sobre Mayo*” cerrados a la urbe del “domo intelectual portuario”, no del todo ajenos incluso a la otra perspectiva, la que interviene, por otro lado, desde la instauración mediático-productiva del mercado editorial, desde el cual se presentan series y series de ensayos producidos ad hoc en tanto el género se presenta como “anfitrión natural”ⁱⁱⁱ de un nuevo “banquete celebratorio”: el del Bicentenario del nacimiento de la “Nación”.

Mientras –desde el interior, del interior, del interior, y podríamos seguir-miramos por TV algunas intervenciones mediáticas de los intelectuales convocados al “banquete” y repasamos los temas de “agenda” y el cronograma de “eventos” desde las páginas de la *Revista Ñ*, todo (y todos, sobre todo el Estado) coadyuva con el oportunismo memorialista de algunos escritores -y editores sin duda- que aprovechan la circunstancia para tantear “la veta” y organizar “la venta” de las publicaciones emergentes de un dispositivo culturalista montado paradigmáticamente para la ocasión.

Baste, como ejemplo del funcionamiento de este dispositivo de fasto y de mercado, el ejercicio de lectura de textos como *La santa locura de los argentinos*^{iv} de Abel Posse, frente al que no podemos sino preguntarnos ¿para quién escribe el embajador este libro, en el que reflexiona sobre el significado insigne en torno a la pregunta “¿somos un país de gente seria?”, desde “un café de Praga” como defendiéndose “de la eterna niebla, con la mirada en los adoquines húmedos...”? (2006: 99); ¿para qué publica un texto como éste, auténticamente viejo y decadente (por no decir reaccionario y oligárquico), en nombre de una nostálgica añoranza del “pasado fundacional” pre-democrático y la “maravillosa locura de Sarmiento, Mitre, Alberdi o Roca”, mientras reniega del protagonismo de las masas en la historia, en el marco de un presente des-historizado al que valora como “panorama sin grandezas, sin ideas” (149), calificación ésta que, en todo caso, la realidad seguramente comparte con su propio libro?. Pero su caso no es único; en todo caso también le cabe esta alusión al vacío a la sumatoria impresionista de los comentarios, pretensivos en su obviedad, de Tomás Abraham en *El presente absoluto*^v. Y ni qué decir de *El atroz encanto...* del señor Marcos Aguinis.

Sin embargo, más allá de que esta constatación ocupe por cierto el “centro hegemónico” de la reflexión actual sobre el país creado, nos interesa como lo anticipamos adentrar nuestra mirada en otros ejercicios de la memoria nacional que emergen en los andariveles de los márgenes intelectuales, pero que no por ello dejan de realizar su marcha revulsiva, que supone un ejercicio de la memoria diferente, para dar vuelta las matrices de los hechos y observar el cuero íntimo que los configuró dándoles forma en discurso y pensamiento de praxis revolucionarias. Esto significa elegir un tópico, en este hacer memorialista, que intenta en el contexto bicentenario pero mucho más allá de la ocasión, abordar las grietas y explorar las suturas que atraviesan el pasado revolucionario de estos dos siglos del país. En este proceso, creemos válido y útil refrescar lo que sostiene Fernández Bravo (2003: 21), al referir que “la memoria y la amnesia siempre parecen ir juntos, o en todo caso merecen ser leídos de manera simultánea y ése es uno de los desafíos que enfrentamos en nuestra práctica crítica”^{vi} y su pregunta consecuente: “¿Por qué fueron olvidados ciertos ejes –minorías, género, objetos, textos y relatos no homogéneos, localizados entre-lugares culturales- y por qué emergen en esta coyuntura?”.

Preguntas éstas que, lejos de ser azarosas, remiten a otra fundamental: “¿desde qué horizonte ideológico y valorativo se realiza esa selección y se organiza la memoria?” (Navarro, 2003: 303), sobre todo en un país como el nuestro, transido de ocultamientos, gestos de olvido, genocidios y luchas, redivivos de una desmemoria intencionalmente construida. Porque, como lo plantea Foster (2003: 60-61),

“Algunas palabras se borraron del vocabulario y pasaron a ocupar un lugar en el diccionario de las lenguas muertas: socialismo, lucha de clases, revolución, vanguardia, capitalismo, comunismo, liberación, marxismo, guerrilla, etc. Giro copernicano hacia nuevos puntos de partida que parecían haber despachado, con la velocidad del vértigo las antiguas concepciones. Estantes enteros de nuestras bibliotecas se convirtieron en inutilizables, aquellos libros leídos con pasión y discutidos con una intensidad difícilmente recuperable en estos tiempos de chata tolerancia en la que las ideas tienen que pedir permiso para expresar algún tipo de disidencia que exija, como en otras épocas, la confrontación y el debate, se corrieron de su lugar central hasta ser descartados...”

Partiremos de considerar en nuestro análisis uno de esos gestos de ocultamiento y olvido, el que se ha configurado sobre la figura de Mariano Moreno a partir de la construcción de la perspectiva histórica organizada como memoria configuradora de “la nación” en el gran relato de la línea Mayo-Caseros, forjada por el liberalismo histórico mitrista, quien lo ha presentado como una especie de “padre” del liberalismo económico argentino desde una particular lectura de la *Representación de los Hacendados*, y sólo en “tensión generacional” con un saavedrismo históricamente “más maduro” para enfrentar los avatares de Mayo. Esta representación que congeló el discurso histórico de un Moreno muerto y escolarizado entró en disputa con la lectura de algunos sectores del revisionismo más asociado a la línea de la izquierda nacional que a la del nacionalismo hispanista, quienes vieron en la aparición del *Plan Revolucionario de Operaciones*, atribuido a la escritura de Moreno en 1810^{vii}, el eje vertical fundador de otro relato sobre Mayo, ahora sí revolucionario, no sólo en el sentido independentista y soberano del pueblo, tal como lo prefiguraba un Moreno traductor del *Contrato Social*, sino y sobre todo en el sentido de una “revolución nacional, popular y americana de la Patria Grande” que se funda y expande desde los primeros días de Mayo a la saga de los llamados “universales” de Revolución Francesa: libertad, igualdad, fraternidad.

Ahora bien, esta perspectiva revolucionaria en potencia de los primeros morenistas reivindicadores de esta faceta revolucionaria por antonomasia de los primeros días de Mayo -presente por ejemplo en la reivindicación que otrora hicieran Scalabrini Ortiz primero, y Hernández Arregui en los setenta- que de tanto en tanto resurge en algunas prácticas historiográficas de la historia nacional como polémica político-disciplinar, comienza a registrar una nueva emergencia en el escenario discursivo contemporáneo post 2001, ahora ya identificado con un claro signo político más que disciplinar, que invoca precisamente los mecanismos de “la memoria” más que los de la historia, o en todo caso la revisión de la “memoria histórica” desde otra lectura y otra concepción de lo que pueda ser “la historia”, entendida ahora precisamente desde su carácter de construcción discursiva y memoria colectiva de los hechos del pasado, en la que juega la narrativización y la imaginación como representación de lo real en el discurso histórico y la concepción ideológica del historiador, a la manera en que lo plantea Hayden White^{viii}. Así aparece un registro nuevo de Mayo en los medios y revistas periódicas que articulan precisamente en la figura de Moreno la tríada Historia-Memoria-Revolución, como conjunción de otra mirada, la de una revolución todavía inconclusa que se pone en línea y sintonía con otra tríada: 1810 – 1945 – 1973. Esta emergencia discursivo-ideológica intenta ahora no sólo una revisión del pasado mediato de Mayo, sino que enlaza ese ideologema revolucionario de alguna manera con todas las luchas revolucionarias y populares mediatas del pasado nacional, revoluciones que se presentan como perfiladas en el colectivo de ciertas memorias como revoluciones derrotadas, revoluciones que no pudieron ser.

Es frente a estas observaciones registradas que regurgitan sobre la memoria las preguntas, una vez más repetidas: “¿Por qué fueron olvidados ciertos ejes... y por qué emergen en esta coyuntura?”; “¿desde qué horizonte ideológico y valorativo se realiza esa selección y se organiza la memoria?”, y desde ellas, la otra, la fundamental: ¿qué leer en esas preguntas, qué sentido asignar al sentido perseguido por esa memoria que se interroga desde la/s revolución/es derrotada/s?.

Volvamos a Moreno para seguir buscando desde dónde se ejercita esa memoria: ¿Por qué “leer” a Moreno? ¿Desde dónde se lo “lee” hoy, tomando en consideración la paradoja de la historia como construcción organizada desde la “falacia de los comienzos fundacionales”, establecidos precisamente desde otro/s presente/s histórico/s? ¿Cómo

volver a leer precisamente un comienzo que articula, según desde dónde se lo mire, un lineal avatar hacia un presente destemplado de utopías o una dialéctica lucha que prolongó sus avatares por lo menos hasta las banderas de los setenta y hoy resurge/emerge en la búsqueda y el ejercicio de una “memoria que rememora” una lucha y una derrota, en los márgenes izquierdos de un peronismo que organiza museos de la memoria pero no la memoria misma, que busca justicia por sus muertos pero no revisa ni restituye los hilos de sus banderas?

¿Qué supone esto? Supone leer en el *Plan de operaciones* y en sus lecturas, bucear sus restos, hacer de él una arqueología, un documento desde el cual establecer la genealogía de la/s revolución/es que no pudieron ser: la que se puede trazar desde las armas del mayo de Moreno, Belgrano, Castelli, Monteagudo, pasando por el 17 de octubre, a la de los grupos armados de los setenta, y sus memorias viejas y emergentes.

Así, podríamos establecer algunos hitos en estas lecturas transidas de ideología, presente y memoria, en tanto Mariano Moreno se leyó también desde otras polémicas y desde otros modelos y proyectos de país, pero siempre desde cada presente:

1 - Por un lado, desde el liberalismo mitrista se leyó a Moreno desde la “configuración de la nación” del ochenta, articulada desde el enlace Mayo-Caseros-Pavón y el “dibujo del cuerpo la Patria” que trazó el lápiz fino del Ochenta, con sus panteones y mausoleos “fundadores de la nacionalidad”, articuladores de un proyecto de país liberal que necesitaba instituir una lectura del pasado para hacerla extensiva al futuro; se leyó un Moreno-muerto, un héroe pétreo, callado, “sin voz”, precisamente porque era necesario ocultar el texto y callar su voz, para que fuera el Proyecto, sin fisuras. (Ver las historias de B. Mitre y V. F. López)

2 - Por otro lado, desde el revisionismo nacionalista hispanizante se necesitaba, por el contrario, destituir el pasado, la línea Mayo-Caseros; se necesitaba instituir otro pasado configurador desde otro presente, el que permitiera enlazar claramente las figuras de Rosas y Perón. En este esquema también sobraba un Moreno jacobino y revolucionario, al que era más fácil tratar como europeizante, unitario e inglés, en el proceso que trata de articular continuidad y no ruptura con la “madre España”, por eso se instituye una lectura del *Plan de operaciones* para reforzar no Mayo-Caseros sino Rosas-Perón, su contracara. (José María Rosa)

3 - Entre los sesenta y setenta, se lee desde un tiempo vivido como revolucionario, desde un colectivo de masas que entiende posible su concreción, y como tal, necesita enlazar este presente revolucionario con un pasado que debe ser reivindicado por el antecedente de su utopía igualitarista y libertaria, por la fuerza de comprensión de las armas como justicia, de la revolución popular como liberación política, económica y social, de la Patria Grande como Unidad Latinoamericana. (N. Galasso, J.J. Hernández Arregui, J. Abelardo Ramos).

4 - Instrumentado el golpe, el largo paréntesis del terrorismo de Estado procuró borrar, hacer “desaparecer” de las redes semánticas de lo concebible la voz “revolución” y todas sus palabras-armas y sus inflexiones combativas. Lectura liberal que vuelve y encarcela y desaparece cuerpos, luchas y sentidos; espacio donde no caben ni Plan, ni operaciones ni revolución. Sólo Moreno muerto. De nuevo.

5 - Vuelta la democracia, de nuevo se lee el *Plan*, pero se critican las armas, la revolución, la violencia. ¿A la luz de qué posiciones? La del concepto de una determinada relación desde la que se deslegitima la asociación entre revolución y lucha armada, rompiendo un puente que la legitimaba en una idea de justicia, de “violencia justa” de la causa revolucionaria; posición enunciativa articulada desde una revalorización que entroniza la democracia como única legitimidad o como legitimidad

primera y de una cierta asociación entre peronismo-masas populares versus vanguardias esclarecidas-violencia revolucionaria (J. P. Feinmann).

Precisamente, esta última postura supone la necesidad de volver a leer en el *Plan* “las armas y las razones”, o la razón de las armas, o por qué se “derramó la sangre”, parafraseando textos y recordando posturas de Jitrik o Feinmann, lo cual implica una respuesta a las preguntas: leer el *Plan* desde la revolución de los setenta, que tampoco pudo ser, desde la memoria política de la utopía desarmada y desangrada, pues el Moreno del Plan, leído hoy, es la cuadratura implícita de la misma Revolución armada que no fue en los setenta y sus tópicos libertarios de un país políticamente soberano, económicamente libre y socialmente justo en el campo de las fuerzas populares, de Moreno a Artigas, de Belgrano a San Martín, de Rosas a Perón, de los indios y esclavos a los cabecitas y los obreros, de la montonera a los montoneros.

Porque si algo queda claro en la Argentina, es –en el decir de Casullo (2006: 32)- que *“historia y memoria tendieron siempre a distanciar, a divorciar la conciencia de lo infausto con sus miles de muertes, de una comprensión cabal de lo que significó el tiempo de las vanguardias políticas de los setenta, homogeneizadoras –en cuanto a las peronistas por lo menos en ese entonces- de la interpretación de la encrucijada nacional”*, como si fuese hoy imposible volver a pensar (o recordar, o repetir) que los setenta se vivieron masivamente como camino para la liberación nacional y social, que existía una convicción y un respaldo político en una amplia cuota de la población comprometida de distintas maneras *“con años de lucha y con dichos mensajes de claro tinte revolucionario”*, más allá de que esa realidad aparezca permeada por el *“no registro, el olvido o la desvirtuación de este acontecer que habla de lo revolucionario”* y las preguntas sobrepasen, a esta altura, *“el proceder de las actuales políticas y relatos de la memoria”*, como si no hubiese podido tolerarse la consideración, la pregunta y la respuesta sobre *“la violencia mítica del pasado”*, de un pasado real, apoyado y vivido como tiempo revolucionario, cronotopo propicio a una cercana y cierta concreción revolucionaria de la mano de una violencia extrema, que no pudo todavía narrarse.

- IV -

Para Casullo, precisamente es el componente político revolucionario el que no encontró palabras para narrarse en las operaciones de la memoria postdictadura: ni en la etapa primera de la pregunta por la índole de la actuación militar, ni en la segunda de mediados de los noventa en que empieza a hacerse presente el testimonio y documento biográfico y periodístico sobre la obturación operada por la historia sobre “el tiempo de las muertes cuantiosas”; tampoco en la tercera en que documento y ficción se asocian para mostrar la disputa de las versiones y la discusión sobre lo acontecido de la violencia y la historia de las narraciones asumidas de la memoria de los setenta, dando cuenta de que hay políticas de la memoria sobre la violencia pero no sobre el consenso popular de una etapa que se percibió como revolucionaria desde amplios sectores sociales. Ello porque las políticas de la memoria, la *“crítica a las profundas equivocaciones o cegueras de una época”* o las *“secuelas trágicas que arrastró un tiempo popular”* se convirtieron en una *“narrativa deshistorizadora de los signos dominantes de aquel tiempo”*, signos cuya dominancia indicaban que entre 1972 y 1973 *“las mayorías populares movilizadas”* (las masas tanto como las vanguardias) vivieron –efectivamente- *“las vísperas de un profundo cambio social en la argentina”* que se identificó como *“camino hacia la liberación nacional y social”*, atmósfera ideológica y

política revolucionaria que *“impregnó todos los órdenes discursivos”* (discursos, historia, crónicas periodísticas, carteles, pintadas, slogan, actos de masa, experiencias sindicales, ocupaciones de áreas concretas de gobierno) y supuso el *“respaldo de una amplia cuota de población comprometida en actos y discursos de claro tinte revolucionario”* (2006: 32), sostenido tanto en *“las vanguardias políticas armadas”* y los *“ejércitos revolucionarios”*, cuanto en *“miles de militantes encuadrados, concentraciones de millones de personas, marchas multitudinarias coreando consignas revolucionarias...una cultura de izquierda en su máximo despliegue maximalista”* que no acreditaron luego *“una memoria crítica similar sobre los significados de tal encrucijada”* (2006: 37).

Es precisamente desde esta contrastación entre políticas de la memoria vigentes sobre la violencia y el genocidio, pero no sobre la revolución popular en que se creía y que no fue, que surgen las preguntas sobre esta ausencia: *“¿Por qué un pasado –en el sentido de hechos con la suficiente carga referencial en sus distintos planos para situarlo en las tradicionales lecturas ‘de la revolución’- no puede ser instalado en el sitio que también le correspondería como memoria histórica?”* (Casullo, 2006: 34); y sobre todo, *“¿Cómo se vuelve irreal (con su registro extirpado) una historia si no se interroga la violencia mítica del pasado sin juzgarla previamente? ¿Qué es lo que narra, lo que se narra y lo que no se deja narrar?”* (2006: 33).

Porque, claro está, hay usos de la memoria sobre el pasado y la violencia, pero hay “políticas de la memoria” que paradigmáticamente instalan las posibilidades y límites de ese narrar, dando cuenta de la ausencia de una *“relato explicativo sobre el fracaso de las experiencias revolucionarias que se autopercebieron como portadoras de un cambio radical”* (2006: 33) y de la posibilidad de determinar claramente, sin los eufemismos de “lo políticamente correcto” que hoy impide investigar y hablar de la cadena de contingencias que enlazan la dupla “violencia/revolución” sin partir del supuesto de su previa condena post-democrática, para analizar en profundidad *“cuál fue el relato donante de sentido profundo a aquellos tiempos políticos”* (2006: 34), abarcando no sólo a las “vanguardias armadas”, como lo hace Feinmann, sino a la experiencia misma de la sociedad implicada en un *“tiempo de corte revolucionario”*, como lo propone Casullo. Porque como él creemos que en el pleito que memoria e historia arrastran sobre la verdad, el pasado siempre es *“un ‘botín’ para los poderes representacionales de turno”* (2006: 36), los que tras el universo post-revolucionario volvieron anacrónico ese pasado y produjeron, en nombre de la democracia, *“el borramiento de los mundos histórico-simbólicos”* en términos de la cosmovisión popular y masiva sobre la revolución que contextualizó el accionar y el devenir político de la primera mitad de los setenta (2006: 38).

Y aquí volvemos a las lecturas del Bicentenario.

1) - En primer lugar, a las lecturas del Bicentenario como “fasto” y su representación: la de la identidad de un pasado y un presente que la ensayística hegemónica configura desde un canon organizado a partir de una ausencia: la del pasado más hondo y trágico de los últimos cien años, demostrando que en las “luchas por la interpretación” esta ensayística pone de manifiesto la obturación de un ejercicio del pensar político, un ejercicio que se niega a la historización, a la comprensión profunda sobre la configuración histórico-identitaria de un presente heredado que debe “hacer memoria” de la “imposibilidad discursiva” de un abordaje explicativo sobre el pasado político reciente, la expansión social de la impronta revolucionaria y la desmesura trágica de su final, así como del estudio de un presente que todavía oscila entre negar, adaptar o recobrar esa

crónica de la revolución frustrada y entre el imperativo ético de condena previa a la violencia que anula de hecho esa posibilidad. Por eso las que hemos dado en llamar discursividades “del fasto”, genéricamente instalan sus recursividades tópicas en un dialogismo con las formas canónicas de un “ensayo envejecido”, que ha devenido caduco desde sus alegorías ontologizadas para interpretar un presente transido de historia. Por eso, *La santa locura de los argentinos*, de Posse lo más cercano que articula dialógica e intertextualmente son las recurrencias a los tópicos del “ciclo histórico” del ensayo de interpretación nacional articulado en el ‘30: el desierto y la séptima soledad pampeana; el desamparo de este “país indócil”, la “rebeldía heredada”; la imposibilidad de instituir la civilización como impronta perdurable en la idea de crear un país, “un gran país”, pese a la “maravillosa locura” fundacional del ‘80 de inventar “una Nación”; Buenos Aires como “cabeza de Goliat” desmesurada frente a una “seducción de la barbarie” -mal entendida por Posse- en la que junta “al desierto que nos llama” y a la mezcla de “piqueteros, cartoneros, asaltantes y asesinos cómodos en su tarea” (sic); y, en el fondo de ello, “las masas”, como ese mal de la historia, instituyente del mal de “la demagogia” y de esta “democracia envilecida”. Pesimismo ontológico. Negatividad política a lo Martínez Estrada. Ontología deshistorizada que oculta una interpretación político-oligárquica del ser nacional a lo Mallea, aunque opte por la ciudad por antonomasia. “Pecado original” mureniano, de argentino en Europa que mira desde el privilegio del viejo continente, con la vergüenza del “destierro”, de no haber nacido allí, sino en un “país poco serio”. Escritor ubícuo, *flaneur* vergonzante, más parecido a los “visitantes ilustres del Primer Centenario” que a un hombre de su tiempo, Posse construye un cronotopo incoherente frente a un contexto transido de una historia violenta, trágica y doliente y un presente complejo por asumir que nada tiene que ver con la grandeza no alcanzada que a Posse le duele entrañablemente en su negatividad:

“El espíritu argentino espera ser convocado más allá de la politiquería de patio. Desde el fondo de nuestra historia, como se evocó en esta miscelánea, nos sentimos hechos para el desafío y no para el conformismo; para la aventura y no para la melancolía. ¿Habremos perdido aquella maravillosa insolencia de ser?” (Posse, 2006: 150).

“Ensayo viejo” el de Posse frente al Bicentenario. Perfilado en un “canon viejo” que debe dejarse en suspenso si pretendemos que emerjan política y memoria como articuladores de la experiencia traumática de la identidad heredada del horror y la utopía frustrada.

2) - Contracara burda la de Posse, frente a la vergüenza inquisidora de Feinmann y el “ensayo de la memoria”, quien interroga críticamente impugnando el juramento de la violencia armada desde la autocrítica generacional: *La sangre derramada*, como “negación de la política” y de la “democracia”. Pero ensayo que se detiene en la consideración insoslayable de la construcción identitaria reciente: “Para la mirada externa... los desaparecidos forman parte de nuestra identidad nacional. O al menos, de nuestra ‘identificación nacional’. Argentina y desaparecidos forman una figura indisoluble” (1998: 94). “Que se haya llegado a tales extremos de horror pone en cuestión la identidad de un país. No éramos lo que creíamos ser. Y jamás volveríamos a serlo.” (1998: 89). Porque “¿cómo decir ‘mi país’ cuando es ‘mi

país' el que tortura? ¿Cómo decir 'mi país' cuando uno se avergüenza de lo que hace 'mi país'?" (1998: 98). Y frente a ello, la pertinencia de la pregunta:

“¿es posible continuar sin hacernos cargo de una realidad que nos identifica frente a los restantes países del mundo? Y más aún: si de ese modo se nos identifica, ¿no seremos así? Y si somos así, ¿podemos eludir la temática que nos construye sin transformarnos (todavía más, crecientemente) en un país neurótico, en un país que tiene que explicar los horrores que ha engendrado?” (1998: 95).

“Ensayo cómplice” del olvido y la desmemoria el de Posse, frente a la perspectiva de Casullo (2004; 2006) que denuncia la imposibilidad que tiene la Argentina política e intelectual de *“llamar por su nombre a una gran parte de ese pasado violento y trastocador”*, que hace a *“una ausencia manifiesta de un clásico relato explicativo: el del fracaso de las revoluciones que se autopercebieron como portadoras de un cambio social radical”* (2006: 33), e invita a la lectura y la articulación de esta “ausencia” con la presencia de los “grandes relatos” modalizadores de la experiencia histórico-social de formación revolucionaria de la militancia de los setenta, tal como la ejemplifica Hernández Arregui y su lectura del “ensayo de la inteligentzia política nacional” y su servidumbre cultural, desde *Imperialismo y Cultura Nacional* (1957) donde anuncia que:

“La alteración de América Latina que intelectuales sin conciencia nacional presentan como ‘el pecado original de América’, como angustia metafísica o como incompletud espiritual, no es más que el correlato de ese alumbramiento que se anuncia en una serie de antítesis, de triunfos y derrotas, cuya violencia política responde a la magnitud de las fuerzas que se enfrentan en la prosaica y grandiosa pugna de estos pueblos por la vida histórica” (1957: 36);

“alumbramiento” que evoluciona al compás de una historia que avanza desde la teoría de la dependencia a la legitimación de la violencia, en el *Manifiesto* del *Grupo Cóndor*, cuando en 1964, ya expresa:

“El nacionalismo de los pueblos coloniales sabe que la celebración de la humanidad sólo se alcanzará con la destitución del nacionalismo de las metrópolis, para las cuales, el universo no es la humanidad, sino su universal opresión sobre la humanidad. Este es el desafío que nosotros, argentinos e iberoamericanos, lanzamos al rostro de los enemigos interiores y exteriores de la patria ultrajada, a la que, ya lo hemos dicho, hay que rescatar, si es necesario, con las armas en la mano” (1969: 254);

y cierra en *“La formación de la conciencia nacional”* (1970) en diálogo epistolar con Perón, donde se revela la “posición revolucionaria” del Líder en sus propias palabras, cuando ya en 1969 Perón dice:

“La causa de la revolución necesita de algunos realizadores, pero no menos de muchos miles de predicadores que, empeñados en la tarea de persuadir, no cejen en el empeño de incendiarlo todo si es preciso. Yo no veo para nuestra pobre Argentina otra salida que la lucha, por los medios que sean, realizada por el Pueblo y para el Pueblo.” (Perón. 1969. En: Hernández Arregui (1970: 447). El subrayado es nuestro.

- V -

Ahora bien, frente a este acontecer, cabe preguntarnos: ¿Qué vuelve, algo está volviendo? ¿Qué memorias retornan o pueden retornar? ¿Qué relación encuentran precisamente con la remisión política a la relectura de la emergencia del *Plan Revolucionario de Operaciones* de Moreno? ¿Qué paradigma las articula?

Precisamente, el de la “revolución frustrada”, el de la conciencia de lo que ya no será, de su disolución en el tiempo (Casullo, 2004: 262), re-enunciable ahora, legible, treinta años después, por “*la total certidumbre de su paso a archivo*” (Casullo, 2004: 263), que hace posible introducirla en las políticas de la memoria como “*condición histórica de relación con una política popular interrumpida, saqueada, que necesita volver a pensarse*”, restituirse en la memoria colectiva como condición revolucionaria en una historia que transcurrió: la de los sesenta y setenta, con su carga histórica plena, plétórica de violencia otrora legitimada y de cambio histórico que no pudo ser, pensable ahora tal vez por su clausura, por no poder “volver a ser”, y la de la plaza del 45 y su utopía de revuelta, justicia y negritud, organizada como mito popular.

Por eso vuelve el Mayo de Moreno, como primer trazado lógico de esa misma Patria frustrada, de revolución inacabada, igualdad escamoteada, utopía sin tiempo y a la vez, memoria sin fin: vuelta para seguir leyéndose e invitar a la leer los contenidos revolucionarios de la historia nacional y sus avatares; para volver a las identidades escamoteadas por los relatos de una historia en la que alguna vez fueron presente revolucionario, como lugar determinado y territorio desde el cual volver a pensarse en situación, no ya de subjetividad lacerada por la tortura, la represión y la sospecha democrática de la demonización de la violencia, sino de subjetividad transida de revoluciones, de políticas y un ideario de creencias que deben romper la obturación de “lo innombrable de la violencia” para historizar su condición pasada, su condición de “haber sido”, más allá de la pregunta, del dolor y de la duda. Porque como lo sostiene Casullo, “*Discutir la revolución no es reponer lo revolucionario*”. Pero “*No discutirla es ahuecar neuróticamente el pasado, lo que no deja de ser hoy una política por demás audible y precaria*” (2006: 42).

Bicentenario en puerta, la ocasión para la revisión es ésta. No otra. -

Bibliografía

- CASULLO, Nicolás (2006): “Memoria y revolución”. En: *Lucha Armada en la Argentina*. Mayo, Junio, Julio de 2006. Año 2 Número 6. Buenos Aires, ISSN 1669-7855.
- CASULLO, Nicolás (2004): *Pensar entre épocas. Memoria, sujetos y crítica intelectual*. Buenos Aires, Norma.
- FERNÁNDEZ BRAVO, Álvaro (Comp.) (2000): “*La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*”. Buenos Aires. Manantial.
- FERNÁNDEZ BRAVO, Álvaro (2003): “Las Memorias Tangibles e Intangibles”. En: MAÍZ, Claudio (Comp.): *La Memoria. Conflicto y Perspectiva de un Objeto Múltiple*. CILHA Centro Interdisciplinario de Literatura Hispanoamericana. Año 3 N° 4/5 2003.
- FOSTER, David (2003): *Crítica y sospecha. Los claroscuros de la cultura moderna*. Buenos Aires, Paidós
- GALASSO, Norberto: “La Revolución de Mayo y Mariano Moreno”. En *Cuadernos para la Otra Historia*. Centro Cultural “Enrique Santos Discépolo. Buenos Aires, 2004. ISSN 1667-1635.

- HERNÁNDEZ ARREGUI, J.J. (1959): *Imperialismo y Cultura*. Buenos Aires, Plus Ultra, 1973.
 ----- (1969): *Nacionalismo y Liberación*. Buenos Aires. Peña Lillo. 2004.
 ----- (1970): *La formación de la conciencia nacional*. Buenos Aires. Peña Lillo. 2004.
- LAPOLLA, Alberto (2004): “Mariano Moreno. El Plan Revolucionario de Operaciones y la Revolución Nacional, Popular y Americana de la Patria Grande. El secreto más guardado”. Revista Lilita. N° 5-6. 2005. Reproducido en: *Avizora Publicaciones. Política y economía americanas*. En: http://www.avizora.com/publicaciones/política_y_economía_americanas/texto
- LARREA, María: “Historia y Literatura en la narrativa hispanoamericana”. En *Documentos lingüísticos y literarios UACH*. N° 26-27: 17-19.
 En: www.humanidadesuach.cl/documentos_linguisticos/document.php?id=44
- MAÍZ, Claudio (Comp.) (2003): *La Memoria. Conflicto y Perspectiva de un Objeto Múltiple*. CILHA Centro Interdisciplinario de Literatura Hispanoamericana. Año 3 N° 4/5 2003.
- MORENO, Mariano: “Plan Revolucionario de operaciones.” En: *Escritos políticos y económicos*. Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1915. Reproducido por Biblioteca Digital Clarín. En: http://biblioteca.clarin.com/pbda/ensayo/moreno_escritos/b-605101.html
- MOYANO, M. (2007): “El ‘ensayo de interpretación nacional’ como dispositivo de lectura del Segundo Centenario: alegorías de identidad, facciones y ficciones políticas”. Ponencia presentada en el XIV Congreso Nacional de Literatura Argentina. UNCuyo. Julio de 2007.
- NAVARRO, Martha (2003): “La memoria como factor constitutivo de las identidades políticas”. En MAÍZ, Claudio (Comp.): *La Memoria. Conflicto y Perspectiva de un Objeto Múltiple*. CILHA Centro Interdisciplinario de Literatura Hispanoamericana. Año 3 N° 4/5: 2003.

Notas

ⁱ Una versión abreviada del presente trabajo fue presentada en el III Congreso Interoceánico de Estudios Latinoamericanos, organizado por la Universidad Nacional de Cuyo. Octubre de 2007 y recopilado en el CD de *Actas* del respectivo Congreso.

ⁱⁱ En esta “ondina festivalera” y de “jolgorio colectivo”, el Secretario de Cultura de la Nación, José NUN, sostiene en la página web oficial del Bicentenario, precisamente que: “*El mayor objetivo al que podemos aspirar es que, en 2010, alguien nos pregunte: “Bueno, ¿dónde está el proyecto nacional?” y nosotros podamos responderle: “Este día de fiesta es un día de celebración de nuestra independencia, de todas las cosas buenas hechas en el siglo que pasó y, sobre todo, del proyecto nacional que se ha venido desplegando en estos últimos cinco años”. Este es el proyecto nacional: las escuelas, la justicia social, la prosperidad económica, el respeto por los derechos humanos, la concientización y la identidad nacional de toda la población, la disminución de la desigualdad, la consolidación de la democracia. Por eso estoy firmemente convencido de que vale la pena empeñar nuestras mejores energías en producir con entusiasmo nuestro gran festival, que, como lo entendía el sociólogo francés Émile Durkheim, no se trata del festival concebido a la manera de una fiesta escolar o de una danza ritual, como si en nuestro caso redujéramos el Bicentenario a un evento que se va a celebrar en el año 2010. Se trata del festival concebido como un gran momento de entusiasmo colectivo, de efervescencia de la sociedad, que la hace revisar sus valores y normas, que la hace cuestionar lo que daba por descontado, que desrutiniza su cotidianidad y altera la mecánica de su reproducción*”. Naturalmente, lo dicho aquí habla por sí mismo y no merece comentarios. En: <http://www.bicentenario.gov.ar/detalle.php?iddocumento=754&idtema=212>.

ⁱⁱⁱ Debe reconocerse que uno de los dispositivos textuales de producción y de circulación de “narrativas” identitarias y “grandes relatos” instituidos desde la modernidad lo configuró el propio género ensayístico, y por antonomasia, el ensayo de “indagación nacional” -género emergente que en la literatura argentina funcionó como matriz discursiva o dispositivo performativo de las prácticas fundacionales identificadas como “literatura nacional”, allá por el Siglo XIX, pero cuyo despliegue público mayor se concretó en las ficciones imaginarias de la nación creada y sus retóricas, que se presentaron al mundo en las celebraciones del Primer Centenario en 1910. Basta pensar en la obra monumental de un Ricardo Rojas y su funcionalidad para pensar el montaje y la implicatura de esta operación cultural, a través de estrategias tales como la estandarización de la historia a través de libros canónicos o del forjado de un canon de lectura de una literatura nacional, presentando una “imagen nacional” a la manera de un tejido textual. Ver: MOYANO: 2007.

^{iv} POSSE, Abel: *La santa locura de los argentinos*. Buenos Aires, Emecé, 2006. 150 páginas.

^v ABRAHAM, Tomás: *El presente absoluto. Periodismo, política y filosofía en la Argentina del Tercer Milenio*. Buenos Aires, Sudamericana, 2007. 382 páginas.

^{vi} HUYSEN, Andreas: *Twilight Memories: Marking Time in a Culture of Amnesia*, Londres, Routledge, 1995, p.7. Citado por FERNÁNDEZ BRAVO: 2003.

^{vii} Lapolla (2005) plantea que a fines del siglo XIX un investigador argentino –Eduardo Madero– encuentra en el Archivo de Indias un documento manuscrito que transcribe el *Plan Revolucionario de Operaciones* de Moreno, identificando en él un hecho que “cambiaría la mirada sobre la Revolución de Mayo y los hechos allí ocurridos y particularmente modificarían sustancialmente la opinión sobre el rol y el pensamiento” de Moreno. Madero entrega expresamente este documento a Mitre, quien adujo haberlo perdido y por eso no haberlo considerado en la construcción de su historia.

^{viii} Ver LARREA, María (2003-2004).